

Hermenegildo

Sábat



La ilustración como estímulo permanente

José Luis Salinas

Sábat es un artista poliédrico. Cada uno de los aspectos tangibles de su personalidad nos deslumbra y nos hace sentir que se trata sólo de la manifestación externa de una profunda y compleja riqueza interior. Montevideano de cuna y rioplatense de vocación, este artista universal no admite clasificación. Indagar su vida y su obra resulta ser un apasionante juego de apariencias y realidades en el que cada una de sus respuestas sugiere múltiples reflexiones.

Su obra, como su pensamiento, es barroca y sintética al mismo tiempo; personal e intransferible. Caricaturista del diario bonaerense *Clarín*, colaborador habitual de periódicos y revistas americanas y europeas, hasta España han llegado sus libros y sus trabajos de ilustración, muchas veces iluminando portadas de discos o incorporados a una colección de fascículos de jazz. Su portafolio, en *Cuadernos de Jazz* n.º 9, mereció una entusiasta acogida.

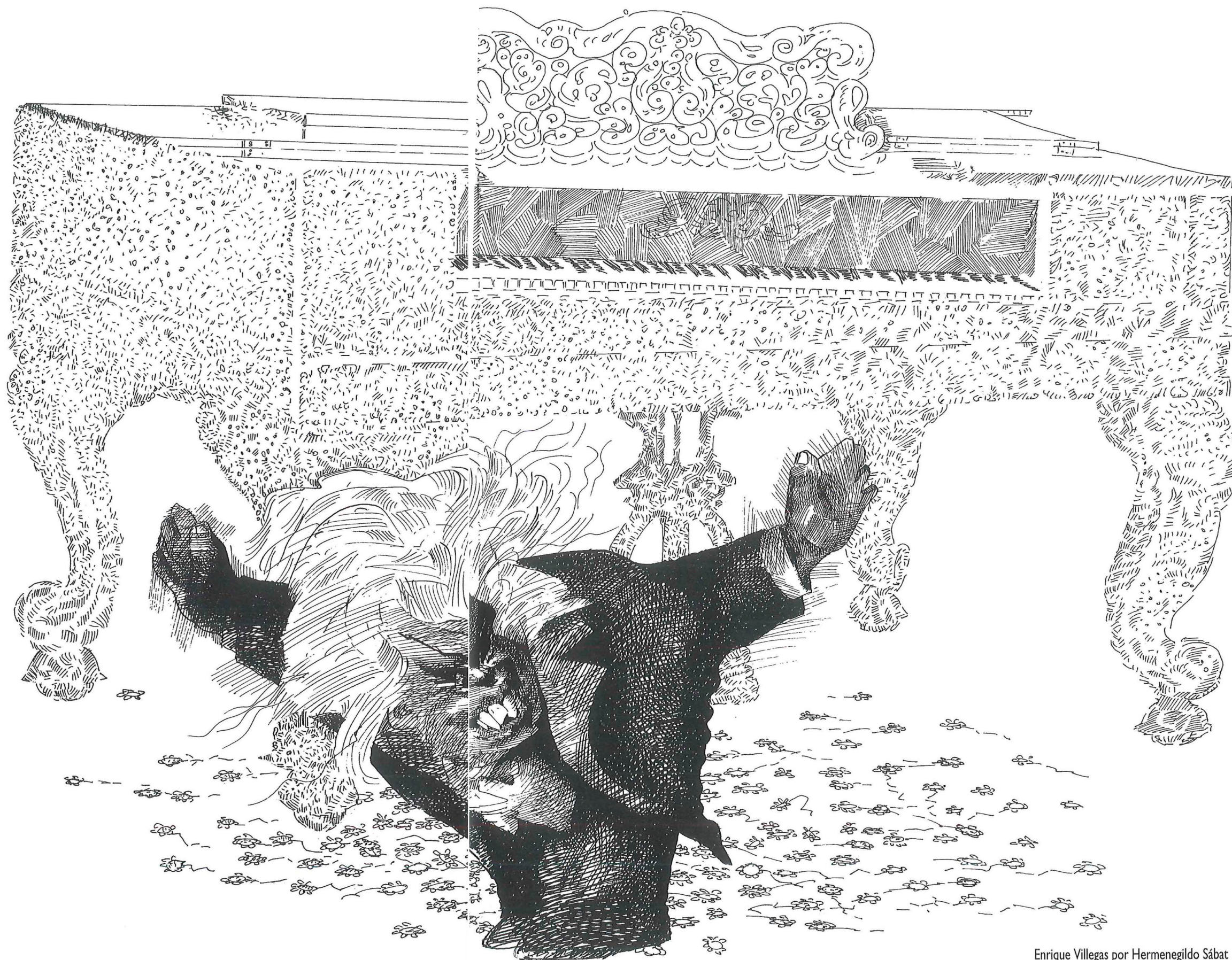
Menchi, como gusta que le llamen sus amigos, se toma un tiempo para cada respuesta. En realidad, parece esperar a que le llegue desde algún lugar inconcreto hacia el que voltea continuamente la mirada. Con frecuencia son varias las que le sobrevienen simultáneamente, provocando un desencadenamiento de referencias y acotaciones que amenazan con complicar la respuesta, pero que al final se acoplan en una lúcida conclusión.

— *El jazz es una de tus grandes pasiones, como aficionado y como inspiración para tu obra, ¿en qué circunstancias se produjo tu encuentro con él?*

(Continúa en pág. 54)

Mono Sapiens

Los pianistas genuinos son rebeldes *idem*. Los cultores del tango reverencian a Francisco de Caro, romántico emperdenido y melodista exquisito, a Juan Carlos Cobián, compositor que aún hoy encanta a cantantes europeas, y a Orlando Goñi, sin duda el mejor exponente del género. Pero si algún pianista ha alcanzado el reconocimiento de aquellos que no tuvieron la dicha de escucharle, ése fue Enrique "el Mono" Villegas; un rosarino que se hizo conocer en 1931 estrenando la *Rhapsody in Blue* de George Gershwin, que adoraba el cine, que vivió en Nueva York de la misma manera que en Buenos Aires y que se permitió tocar todo lo que le gustaba, porque su libertad no estaba comprometida con ningún estilo. En eso se parecía a Carlos Gardel, aunque nadie lo advirtiese. De ese modo pudo grabar todas las sonatas de Beethoven, y también disfrutar *La pulpera de Santa Lucía*. Su memoria y sus dedos fueron implacables hasta que un día decidió que no quería insistir con la rebeldía. Desde ese día todos perdimos a un gran artista y a un modelo irrepetible.



Enrique Villegas por Hermenegildo Sábat

– Las circunstancias fueron casuales. Fue en Montevideo, a través de un amigo de mi padre que poseía una extraordinaria colección de discos de jazz. Se llama Juan Rafael Grezzi, y fue el fundador del Hot Club de Uruguay; en su tipo, tal vez el primero del Río de la Plata. Hacía audiciones semanales en su casa, añadiendo comentarios que se tomaba la molestia de anotar, como si se tratara de un programa de radio. Empecé a asistir a ellas en 1948, cuando tenía 15 años. Es un mundo por el cual guardo un gran afecto. Hice comentarios sobre él en algunos de los textos de *Scat*.

– ¿Cómo llegaste a la ilustración jazzística?

– Llegué a ella de doble manera. Me gustaba sacar fotos, un poco porque la fotografía siempre ha sido una respuesta casi obligada de la música de jazz, y, por otro lado, empecé a gestar algún tipo de dibujos. Soñé durante muchos años con la posibilidad de hacer un libro. Cuando creí que ese libro no se iba a publicar nunca, se me presentó la oportunidad de editar el dedicado a Bix (Beiderbecke). Y justo cuando estaba naciendo ese libro surgió la posibilidad de *Scat*. Quizá fue un despropósito, pero no se puede abundar en experiencias si no se asumen riesgos. Le dediqué un año entero de trabajo continuado, rehaciendo todo el material que ya tenía e incorporando otro nuevo. Acabé destrozado, pero, realmente, es un libro que me sigue dando satisfacciones; aunque veo errores de concepción y las limitaciones que se dieron en su elaboración. Pero, pese a ello, yo acepto lo que se hizo.

– ¿Realizaste algún trabajo “de campo” para “*Scat*”, alguna visita a los lugares donde se desarrollaba la actividad de los músicos que retrataste?

– Mucho antes de que el libro se publicara, en 1974, gran parte del material lo había plasmado en fotografías. Por ejemplo, las de Armstrong se tomaron en 1957, durante una gira con los All Stars. Pero la mayor parte de ellas proceden de un viaje a Norteamérica que hice en 1961: el entierro en Nueva Orleans, las calles de Harlem, el Apollo Theater y las de músicos como Henry Allen o Eddie Condon.

– ¿Qué recuerdo conservas de tu encuentro con la realidad del jazz en EE.UU.?

– Tuve la oportunidad de estar cerca de algunos músicos, y conocerlos. Algunos de ellos eran, realmente, lo que se llama “un carácter”. Es el caso de Eddie Condon, un personaje en verdad increíble. A Henry Allen pude visitarlo en su casa. Muchos de ellos llevaban una vida solitaria, y, digamos, sufrida. Por ejemplo, el trombonista Benny Morton me decía: “Yo conozco todo mi país, pero nada más que sus hoteles”. Era como decir que, en realidad, no había ni tenido la opción de conocer su país.

– ¿Encuentras algún paralelismo entre la actividad creadora de un dibujante que se inspira en el mundo del jazz y en la desarrollada por un músico de jazz?

– ¡Indudablemente! La convergencia está en la forma de acometer el trabajo. Yo me identifico con algunos músicos de jazz, no con todos, pero los hay que me producen un estímulo muy concreto y rotundo. Algunos de ellos fueron mucho más allá de limitarse a elegir unos temas concretos con los que expresarse. Yo cito tres o cuatro casos, como Armstrong, en su momento, cuando grabó los discos de los Hot Five y Hot Seven (estamos hablando de la segunda mitad de los años veinte). Hizo todo lo que se podía hacer, dio todas las vueltas sobre sí mismo, para atrás y hacia delante. Por eso, la reiteración en la audición de esos discos no hace nada más que repetir la primera impresión que uno tuvo al escucharlos, de sorpresa y de éxtasis total. Después, músicos como Lester Young, Charlie Parker, Django Reinhardt o Pee Wee Russell han seguido un camino parecido en cuanto a creatividad. Esencialmente son todos artistas, creadores. Es cierto que han existido grandes improvisadores, como, por ejemplo, Benny Goodman, pero si yo comparo a unos con otros me producen sensaciones diferentes: con Goodman me deleito musicalmente; con Russell, artísticamente. Es con ese espíritu de acometer cada trabajo sin un camino prefijado como encaro mis dibujos: yo sé lo que quiero hacer, pero no cómo lo voy a hacer. Todo consiste en elegir algunos temas a través de los cuales poder expresarse, ya se trate de un músico o de un ilustrador.

– “Tango mío” es uno de tus trabajos más conocidos. ¿Cómo se produjo su gestación?

– En ese trabajo me sentí beneficiado por la experiencia de *Scat*. La forma de trabajar fue totalmente distinta. Hice los originales al mismo tamaño en que iban a publicarse; de este modo se evitó una ulterior manipulación de los mismos. La impresión se hizo en Madrid, en tres semanas de absoluta dedicación. Desde el punto de vista de la producción creo que es el trabajo más llamativo y el que a mí me da más satisfacciones.

– ¿Consideras que tus trabajos de ilustración están de algún modo animados por ese pulso vital que circula por músicas como el jazz, el tango o el flamenco?

– Sin duda alguna. Particularmente ahora, en que estoy trabajando con pintura al óleo, en figuración abstracta. La forma de acceder a esas “esferas” plásticas me viene muy influenciada por la música. Me siento feliz de vivir en un siglo en el que la música cada vez se divulga mejor, y cualquiera puede beneficiarse de ello. En el taller escucho continuamente música mientras trabajo.

De siete a ocho horas cada día, ¡no sé cuántos pueden tener ese privilegio!... Escucho un poco de todo. Y la música no es para mí un decorado de fondo; me dejo penetrar por ella.

– ¿Y llega a afectar al ritmo de la mano cuando maneja el pincel?

– No, no. Se trata de algo diferente. Por citar un paralelismo: ayer concurrí a ver el *Guernica*, tal vez la obra más importante de este siglo; no sé si la mejor, pero se trata de un testimonio que la gente recordará después de siglos (a Picasso, a España y a Guernica). Pero esa obra, que aparenta haber sido hecha por un ser dolorido y tenso, está realizada con una enorme frialdad (la mano fría, el corazón caliente, podría decirse)... Es decir, los músicos extrovertidos, por ejemplo Hawkins o Parker, eran individuos con un gran control digital de lo que hacían, ¡si no se les volaba el instrumento! Creo que hay que tener cuidado con el temperamento y con la forma de manejarlo. Yo actúo bajo la influencia de cuanto me rodea, pero no me dejo llevar por esa influencia cuando trabajo. Procuro trabajar de una manera controlada.

– Sabemos que practicas con el clarinete, ¿alguna vez te has planteado presentarte en público con él?

– Quiero mucho a este instrumento, que me ha acercado a mucha gente. Pero el clarinete es un instrumento muy complejo, y posiblemente muy odioso, que requiere una gran dedicación. Tal vez de ahora en adelante puede ser que practique un poco más seriamente con él, y que colaborar con algún grupo aficionado. Cuanto más se estudia el instrumento más se admira a quienes se han destacado tocándolo.

– ¿Hay algo más que desees significar?

– Evidentemente el jazz es un género tan amplio que se interrelaciona con otros géneros que tienen vivencias muy parecidas. Yo creo que merece la pena divulgarlos, como viene haciendo *Cuadernos de Jazz*. ■

OBRA GRAFICA

- Bix.
- *Scat*. Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Buenos Aires, 1974.
- *Monsieur Lautrec* (con textos de Julio Cortázar). Ameris-Pomare, Madrid, 1980.
- *Tango mío*. Ameris, Madrid, 1981.
- *Seré Breve*. Ediciones La Garza.
- *Siempre dije que este tipo no me gusta*. Universidad de Belgrado, 1981.
- *Sentido pésame*. Catálogos, 1984.
- *Una satisfacción tras otra*. Editorial Planeta Argentina, 1990.
- *Vernissage*. Aconcagua, 1991.
- *Haberlo sabido antes*. IMPSAT, 1992.